

Fenomenología de la Formación Profesional

Parte II

En la perspectiva idealista, el mundo está en función de una persona que actúa en el mundo a través de su conciencia y, por consiguiente, conoce activamente y configura su propio mundo. Por contraste, en la perspectiva realista, ve a la persona como una función del mundo en el que esté actúa y la persona reacciona. Heidegger sostiene que ambas perspectivas asumen una separación y una relación direccional entre la persona y el mundo que no existe en el mundo de la experiencia actualmente vivida.

Para superar esta dicotomía se recurre a la intencionalidad – el argumento de que la experiencia humana y la conciencia necesariamente involucran algún aspecto del mundo como su objeto, el cual, de manera recíproca, provee el contexto para el significado de la experiencia y la conciencia. La intencionalidad – el arco intencional en palabras de Merleau-Ponty – significa enfatizar que la experiencia humana está de manera continua dirigiéndose hacia un mundo que nunca posee en su totalidad pero hacia el cual siempre está dirigida. En cuanto tal, la intencionalidad es una estructura básica de la existencia humana que captura el hecho que los seres humanos estamos fundamentalmente relacionados con el contexto en el cual vivimos o, más filosóficamente hablando, todos los seres humanos somos entendidos como “ser-en-el-mundo”.

Esto significa que al formar un profesional es necesario examinar las relaciones intencionales con los mundos en los que éste actúa, pueden ser la vida, el lugar, el hogar, el paisaje, el cuidado, la enfermedad, la gestión, etc. Fenómenos que hacen que las personas vivan pre-ocupaciones comunes, que hacen que permanezcan juntas y hablen, se relacionen, actúen, sientan sobre determinados fenómenos físicos, espaciales, ambientales, humanos, temporales. Las personas no existen aparte de sus mundos y con ellos permanecen íntimamente relacionados e inmersos, esta situación inescapable es lo que Heidegger llama “ser-en-el-mundo”. Es imposible preguntarse si la persona hace el mundo o el mundo hace a la persona, porque ambas existen siempre juntos y pueden interpretarse correctamente, solamente en términos de una relación holística (Pocock, 1989¹; Seamon, 1990²).

Observando el comportamiento de los expertos, uno detecta comportamientos espontáneos que involucran pensamiento como sensibilidad, y muchas veces intuiciones. Tienen modos de ver y modos de sentir que revelan el cultivo del entendimiento y de la sensibilidad, con el resultado que revela una comprensión más integral y comprensiva.

Conversando con arquitectos, odontólogos, y diseñadores, ellos dan cuenta de que regularmente están involucrados en procesos de descubrimiento y toma de conciencia intuitiva, señalando la inquietud que muchas veces deben enfrentar, en términos intelectuales y emocionales debido a estos procesos.

El experto sabe que la intuición fenomenológica requiere disciplina, paciencia, esfuerzo, y cuidado. Requiere un entrenamiento y práctica considerable; un alto grado de concentración respecto del objeto intuido sin ser absorbido, fascinado hasta el punto de perder mirar de manera crítica. El iniciado es instruido en la frase metafórica “mantén tus ojos abiertos”, evitando la ceguera, mirando y escuchando (Spiegelberg, 1982:682)³.

(continúa)

Fenomenología de la Formación Profesional

(Continua)

A través de la intuición, el experto espera experimentar un momento de insight en el cual él ve el fenómeno con claridad (la apertura fenomenológica o la “experiencia ¡ah!”, la “visión revelatoria”, o el “encuentro prístino”. A través de la apertura fenomenológica el estudiante podrá ver la cosa en sus propios términos y sentirse confiado que su visión es razonablemente correcta. Generalmente, la intuición fenomenológica involucra una serie de aperturas pequeñas y grandes que permiten ir percibiendo el fenómeno. Lo cual significa que la intuición es gradual e impredecible. Los patrones, las relaciones, las sutilezas emergen de manera gradual y el estudiante en proceso de especialización o el experto empiezan a tomar conciencia de ella. Se trata de una especie de flujo y espiral. Tesch (1987, pp. 231-232) describe la *impredecibilidad* y la serendipia (serendipity)⁴ del proceso.

En síntesis, el experto no tiene un claro sentido de lo que va a encontrar o cómo operará el proceso de descubrimiento. La destreza, la percepción, y la dedicación son el motor de este proceso. Al respecto, Varela y Shear⁵ introducen la metodología de primera persona, como los procesos que permiten un estado de apertura para el desarrollo de la intuición. En las metodologías de primera persona, se emplea la experiencia del fenómeno sobre la base de examinar sus características específicas y cualidades (Lane, 1988⁶; Shaw, 1992⁷; Toombs, 1995⁸, Wu, 1991⁹). – en este caso la de los expertos o de los estudiantes en formación en una determinada profesión.

A modo de conclusión, se puede señalar que cuando se abordan los procesos de formación profesional, lo contingente no son sólo las ideas que tenemos respecto de nosotros, ni los comportamientos con los que nos relacionamos con los demás y con nosotros, sino, de manera general, la *experiencia del sí mismo*.

Heidegger además de aportar el concepto de ser-en-el-mundo, desarrolla el concepto “cuidado” (sorge): de ser-con-los-otros, preocupación por los otros. El “cuidado” es un existencial de primer orden en cuanto posible ser sí-mismo. Se es sí-mismo en el cuidado, y esto es así porque tanto a nosotros como a todos los entes nos va el Ser.

Entonces el “cuidado”, desde el punto de vista de la formación, es lo que determina nuestra relación propia o auténtica con los otros. Este “cuidado” se expresará como un dejar que los sujetos en formación muestren su verdadero ser. Como un dejarlos ser. Se trataría de un “velar” por que todos los sujetos se muestren en su ser, es decir, lleguen a ser lo que son. Esto podría traducirse en que los sujetos en formación se desarrollen en todas sus potencialidades y posibilidades de ser.

Esto, aplicado a los otros sonaría como: No permitir que los otros se conviertan en cosas, en útiles y de esa forma se mantenga el principio kantiano de que el sujeto siempre es un fin en sí mismo. Esto significa que en la formación no se debe jugar desde el apremio. Martin Heidegger define el *apremio* como aquello que desfigura lo patente, volcándolo en *apariencia*; perdiendo la calma, y por lo tanto el *destino de la luminosidad*.

Se requiere la Cura («Sorge») al «estar en lo que se hace», «al estar en el asunto», viviéndose en la unidad estructural del estar-en-el-mundo. Hacer hoy el bien, significa hacerlo en las condiciones de lo que son los modos-de-ser de las profesiones en el mundo. Y por eso la responsabilidad tiene mucho de “cura” (la *Sorge* heideggeriana), que se acentúa cuando el sujeto tiene la impresión de no dominar su dominio.



ed.escalante@gmail.com

Nota.- La bibliografía puede ser solicitada directamente al autor